

## Diosa Cibeles

Hacía frío en aquel pasillo inhóspito. Como siempre, el paso subterráneo de Cibeles, que comunicaba las entradas de Metro de Banco de España, olía a una mezcla de orín viejo y suciedad. Pero era mejor que estar al aire libre, en pleno mes de noviembre, cuando el invierno ya se anima a pasearse por Madrid. Los cartones se mantenían secos, y a pesar de la corriente, la temperatura era soportable. Juana torció el gesto cuando vio que se instalaba una familia junto a ella a pasar la noche. Una pareja y un bebé. No le gustaban los niños, eran ruidosos y llorones. El hombre y la mujer saludaron tímidamente y se acurrucaron junto a su chiringo. El crío estaba dormido.

Juana recolocó sus cartones, extendió su manta, y les ofreció un par de cajas sobrantes. Después de todo, si estaban allí es que eran también unos desgraciados como ella. O más, que ya es decir. Estaba sola, tenía cuarenta años recién cumplidos, como le gustaba remarcar a quién le escuchase, y había acabado allí huyendo del cabrón de su padre y del hijo de mala madre de su marido. Parecía que tenía imán para encontrar malos hombres. Cuando se escapó del pueblo, harta de golpes y malos modos, aterrizó en Madrid, y sobrevivió unos meses limpiando pisos, hasta que la puñetera crisis la dejó en la calle, como a muchos otros.

Se cubrió con su viejo abrigo y salió a la superficie a respirar algo de aire fresco. Eran sólo las diez de la noche y se le hacía difícil conciliar el sueño tan pronto. Quizá podría conseguir algunas monedas algo más tarde en las paradas de los autobuses nocturnos. La gente que volvía alegre después de la juerga solía ser generosa. Podía llegarle para un café, o algo más fuerte.

Pepe bajaba como cada noche por el Paseo de Recoletos. Se le había hecho algo tarde. Sabía que ella solía pasearse por la plaza cada noche, y le gustaba verla, Dios sabe por qué. A pesar de ser una “sin techo” su aspecto era casi elegante, aunque aquel abrigo empezaba a necesitar un recambio. Llevaba el pelo moreno y rizado recogido en una coleta, y algunas veces la vio fumar un cigarrillo. Él odiaba el tabaco, pero había comprado dos cajetillas y un mechero sólo por ver si algún día se atrevía a invitarla. Una de rubio y otra de negro, por si acaso.

Pepe tenía cincuenta y muchos, pero se mantenía ágil y aparentaba algunos menos. Siempre perfectamente rasurado, y con una melena cana que le daba un aire que a él le parecía bohemio e interesante. Nunca se había casado, los compromisos no eran para él. Ahora estaba sólo.

No había hablado nunca con Juana, no se había atrevido a hacerlo. Solía darse un paseo cada tarde a lo largo del Paseo de Recoletos, desde Colón hasta Cibeles. A veces se paraba a tomarse algo en el café Gijón, sólo por el gusto de imaginarse rodeado de gentes de letras participando en alguna tertulia. Se sentaba en una mesa, pedía un café y salía al cabo de un rato para seguir su andadura. Sólo, como siempre.

Se fijó en ella por casualidad, después de coincidir varias veces en su paseo. Se la cruzaba frente al edificio de Correos, o la veía apoyada en la baranda de la estación del suburbano. Alguna vez le había pedido dinero para coger el metro, o para llamar por teléfono, y él había fingido creerla y le había dado unas monedas, que ella le había agradecido con descuido, como a cualquier otro. No entendía qué era lo que le atraía tanto, por qué sentía siempre la necesidad de acercarse a aquella mujer y preguntarle sobre su vida. En su mente la había bautizado con el nombre de Cibeles, en honor a la diosa.

Juana se había dado cuenta de que él la miraba. ¡Buena era ella para no notarlo! Huía de los hombres. No le habían dado más que problemas. Y no le gustaba que la mirase aquel tipo. A saber lo que andaba buscando. Y que no se equivocase, que ella no era de las que se iban con cualquiera por pasar una noche caliente con ducha. Aunque la verdad, es que a veces se arrepentía de ser así. Aquel viejales con aspecto de artista no parecía peligroso, pero tampoco lo parecía su Ramón hasta que le dio la primera ostia. Menos mal que no habían tenido hijos. Ella rezaba cada noche que Ramón la usaba para que, si se preñaba, al menos no fuese una niña. Pero a aquel cabrón se le iba la fuerza por la boca, y no por donde se le tenía que ir.

La diosa de piedra se aburría en medio de la inmensa plaza. Al menos cuando la instalaron por primera vez en aquel Madrid de Carlos III las gentes se acercaban a ella para tomar el agua de la fuente, que se decía sanadora de muchos males. Incluso las bestias abrevaban en su pilón. Los aguadores se surtían para llevar el agua después por las calles. Pero el tiempo había jugado su papel, y poco a poco el agua había dejado de ser un bien escaso para manar de todos los grifos y ella quedó convertida en un ornamento precioso, pero inútil, aislada en medio de aquella gran plaza, rodeada de automóviles y lejos de los hijos de Madrid. Solo en algunas ocasiones se acercaban para festejar los triunfos del balompié, y en alguna ocasión salió dañada por la excesiva euforia de las gentes.

Ahora observaba desde su carro. Nadie reparaba en su mirada aguda y en los sutiles cambios de expresión de su rostro. Estaba sola, tan sola como Pepe o Juana. Por eso se había fijado en ellos. Y por eso quería hacer algo.

Se introdujo en sus sueños durante varias noches. Pepe soñaba a Juana junto a la fuente y ella le soñaba mirándola. Sólo eso. Creía la diosa que el mensaje sería claro para aquellos

dos mortales, y que, si se encontraban junto a su carro reflejándose en sus aguas, serían capaces de unir sus destinos. Y esperaba ansiosa para ver si su divina intervención tenía respuesta.

Desde hace unos días Pepe mira la fuente con atención. Recuerda el sueño que se le viene repitiendo cada noche, en el que Juana le invita a acercarse y ambos contemplan el reflejo de la diosa en el agua.

Juana no quiere pensar en sus sueños. Hace ya mucho que dejó de creer en ellos. En este él viejo la abraza suavemente, sin violencia, y ella se siente cómoda y cálida. Pero no puede bajar la guardia. Él está allí plantado, junto a la boca de metro, mirando embobado a la fuente. Y ella se aleja. Toma sus escasas pertenencias y se retira en busca de otro lugar, donde nadie la mire, ni la espíe.

Siguen pasando los días. Juana ya no pasea por la plaza de Cibeles. Pepe ha dejado de verla en sus sueños. Y la diosa busca otros mortales sobre los que fijar su mirada, mientras el tiempo pasa sobre ella, cubriéndola de soledad.